



Presentación del libro “Adiós al Estado-nación” a cargo de su autor, Juan Pina, en Liberacción

Universidad Francisco Marroquín, Madrid, 16 de mayo de 2019

Buenos días a todos, muchas gracias al Instituto Juan de Mariana por su amabilidad al invitarme a esta gran cita anual que es Liberacción para todos los autores liberales, libertarios, minarquistas, objetivistas y ancaps: para todas las familias del individualismo político.

Muchas gracias también a Unión Editorial por brindarme una vez más la posibilidad de publicar bajo ese sello tan prestigioso, y particularmente a Ignacio Rico por su excelente labor como editor. Debo agradecer también las reseñas tan elogiosas al libro que aparecen en sus primeras páginas, por parte de personas muy diversas, tanto del mundo académico como nuestro querido Juan Ramón Rallo o como el profesor López Varas de la Universidad de Chile, hasta políticos como el viceprimer ministro gibraltareño o el presidente de la Alianza Internacional de Partidos Libertarios, por mencionar a algunos de quienes se han pronunciado sobre el libro.

Pero antes de intervenir como autor, debo hacer una aclaración como secretario del patronato de la Fundación para el Avance de la Libertad, en cuya colección —dentro del catálogo de Unión Editorial— aparece la obra. La Fundación es una entidad pluralista, y somos conscientes de que habrá sin duda libertarios que no compartan las tesis que defiendo, y que en algún caso pueden resultar polémicas en este momento y en nuestro país. Por ello quiero reiterar lo que ya se expone en una nota al principio del propio libro: la Fundación como tal no comparte necesariamente las opiniones de los autores cuyos libros publica, incluido el mío, y además está abierta a publicar cualquier otro libro libertario que presente una visión opuesta. Hecha esta aclaración, ahora sí me pongo el gorro de autor para presentar “Adiós al Estado-nación”.

El planeta en el que vivimos tiene alrededor de ciento cincuenta millones de kilómetros cuadrados de tierra firme. Viven en él alrededor de siete mil quinientos millones de personas. Pues bien, para esa enorme extensión y población, solamente existen dos centenares de unidades de gobernanza de máximo nivel, dos centenares de Estados. Estamos ante un *oligopolio de Estados* que a su vez constituyen monopolios territoriales estancos. Sólo entre dos de esos

Estados, India y China, se gobierna nada menos que a un tercio de la Humanidad. Si sumamos los diez Estados que reúnen la doble condición de estar entre los más populosos y al mismo tiempo tener peores niveles de libertad económica, sólo entre esos diez Estados se abarcaría a la mitad de nuestra especie.

Un Estado como India, con más de ochocientos idiomas, numerosas etnias e infinidad de religiones, se presenta ante el mundo, como hacen casi todos los Estados, diciendo ser un Estado-*nación*. Como dice un autor indio, Sriram Karri, India desde luego no es una *nación* organizada en muchos Estados, sino que es un Estado con muchas naciones. Se emplea con frecuencia el lugar común de que India es “la democracia más grande del mundo”. Pero un ciudadano indio es aproximadamente la milmillonésima parte del electorado y del correspondiente proceso político, así que no parece que decida mucho, y sí parece que India es un buen ejemplo de la nociva hipertrofia del Estado-nación.

La macroinstitución de los Estados soberanos omnipotentes, incuestionables, compartimentos estancos dentro de fronteras rígidas, surge de la Paz de Westfalia, posteriormente se consolida con la Revolución Francesa y el jacobinismo, y se perfecciona con el idealismo y el romanticismo del siglo XIX, que dará origen a algunos de los regímenes más terribles que después conocimos, ya en el XX. El Estado-nación constituye todavía una de las correas más severas que constriñen la libertad humana. Por eso en el último medio siglo hemos visto infinidad de intentos libertarios de crear países nuevos con mucho menos Estado.

Así, desde la República de Minerva en los años setenta hasta la de Liberland en la actualidad, han sido frecuentes los intentos de desembarazarse de las formidables ataduras estatales liberando un territorio en el que poder vivir en Libertad. Me ocupo de esos casos en la cuarta parte del libro.

Esos intentos nunca han sido empresas fáciles, porque el “cártel de los doscientos”, el club de los dos centenares de Estados-nación actuales, se tiene repartido hoy en día hasta el último milímetro de esos ciento cincuenta millones de kilómetros cuadrados de las tierras emergidas. Ya no quedan tierras libres donde establecerse al margen de los Estados. Por ello hacen fortuna entre los libertarios opciones como el *seasteading*, o como el Free State Project que se desarrolla en el estado de New Hampshire, o buscamos el establecimiento de zonas libres en el territorio de algún Estado, o intentamos aprovechar situaciones jurídicas de *terra nullius* como la de Liberland, etcétera. Pero el cártel de los doscientos siempre se opone a estos intentos libertarios, como se opone también a avanzar en un entendimiento más líquido, variable y solapable de los propios Estados convencionales.

Como capitalistas, los libertarios deseamos que el “sector” de los Estados funcione como cualquier otro sector, sujeto a la voluntad de sus consumidores, los individuos, en un marco competitivo. Uno de los referentes de esta visión, que cito en el libro, es Juan Adán II de Liechtenstein, autor de “El Estado en el Tercer Milenio”. En ese libro plantea una “gobernanza política de mercado”, y yo creo que ese planteamiento requiere *unidades de gobernanza* mucho más pequeñas, *unidades de gobernanza* “de escala humana”.

En la Universidad de Princeton, el pequeño país alpino sostiene y financia el “Instituto Liechtenstein para la Autodeterminación”. Esta institución académica se preocupa por la pérdida generalizada de soberanía individual y su férrea usurpación por parte de los Estados. Desde esa universidad de Nueva Inglaterra, Liechtenstein impulsa el principio de autodeterminación y de libre readscripción territorial en todo el mundo. Liechtenstein es el primer país del mundo que reconoce expresamente —en el artículo cuarto de su Constitución de 1921, enmendada a tal efecto en 2003—, el derecho de los habitantes de cada uno de sus once territorios a celebrar un referéndum de secesión.

Las ideas de Juan Adán II, firme defensor de la Escuela Austriaca, están profundamente enraizadas en el pensamiento miseano. En el libro dedico un capítulo a visitar los planteamientos de Ludwig von Mises sobre la libertad de autodeterminación con base en el individuo (con base en los que Mises denomina “*los habitantes*” de cada “*distrito*”, empleando deliberadamente una terminología individualista y anacional). Son inabarcables los antecedentes liberales y, sobre todo, los autores posteriores liberales y libertarios que defienden una autodeterminación no colectivista, no nacional, sino con base individual.

La lógica de Mises es aplastante. La agrupación de los individuos bajo un ente de gobernanza política forma parte del derecho individual de asociación, el cual, como cualquier otro derecho, puede ejercerse o no, e incluye operar los cambios deseados organizándose para ello con otras personas mediante cooperación voluntaria. El derecho de asociación incluye el de desasociación, como han explicado por ejemplo Chandran Kukathas o Juan Ramón Rallo. Una unidad de gobernanza es una forma de asociación política y por lo tanto no puede entenderse ni como eterna ni como forzosa ni venarnos impuesta desde las alturas por las inercias históricas. Ni los Estados consolidados ni tampoco los postulantes de nuevos Estados pueden arrogarse la competencia de delimitar forzosa o coercitivamente la agrupación de individuos que deban someterse a su autoridad. Ahora bien, como el ejercicio de este derecho choca con las limitaciones físicas derivadas de su aplicación territorial, Mises afirma la capacidad de los *habitantes* de cualquier *distrito* para reconfigurar pacíficamente, una y mil veces, sus alianzas, sus fusiones, sus uniones y desuniones, su adscripción a un Estado u otro o la creación de uno nuevo, etcétera. Mises deja bien claro que quienes deben decidirlo son esos *habitantes* de cada *distrito* o conjunto de distritos.

Y Mises no está solo en esta visión de la autodeterminación con base en el individuo, tan diferente de la que reclaman los estatistas nacionalistas. Le acompaña Murray Rothbard, le acompaña Ayn Rand aunque con algunos matices, le acompaña en esta cuestión Hans Hermann Hoppe, le acompaña también Jeffrey Tucker, y en las últimas cinco o seis décadas le acompaña la práctica totalidad de los autores liberal-libertarios del mundo entero, junto a instituciones como el Mises Institute, el Cato Institute o la gran mayoría de los think tanks que trabajan en todo el planeta desde nuestras ideas.

Enfatizo este amplio consenso de los libertarios y de una gran parte de los liberales clásicos porque mucho me temo que, debido a los acontecimientos recientes, una parte de los liberales

y libertarios españoles podrían estar inmersos tal vez en una burbuja que les aleja de la perspectiva que sostienen casi sin excepción todos sus homólogos en todo el mundo.

Junto con la deseable fragmentación pacífica de los doscientos miembros del cártel de los Estados actuales, otro camino interesante para ir devolviendo la soberanía al individuo, para entenderle como consumidor soberano del servicio de gobernanza política, es el camino de la panarquía. La tesis panárquica la formuló originalmente Paul Émile de Puydt en 1860 pero está ganando ahora un renovado impulso mediante desarrollos como el de los profesores Frey y Eichenberger, que postulan lo que denominan Jurisdicciones Funcionales Solapables y en Competencia. La propuesta panárquica es que los individuos puedan adscribirse individualmente al Estado de su preferencia, para las cuatro cosas, realmente cuatro cosas, que todavía deban conformar la gobernanza política hasta que llegue ese futuro, a mi juicio inevitable aunque todavía le quedan unas cuantas décadas, en el que el Estado tal como lo conocemos concluirá su ciclo histórico. En este sentido, desarrollos actuales como la *e-residency* de Estonia van en la buena dirección.

En el libro cuestiono fuertemente el nacionalismo, todo el nacionalismo, cualquier nacionalismo, los nacionalismos que tienen Estado y los nacionalismos que aspiran a tenerlo. El nacionalismo es una forma insidiosa y estatógena de colectivismo. Y me preocupa que algunos vean el nacionalismo en el ojo ajeno pero no la viga nacionalista en el propio.

El Estado actual, en todo el mundo, se basa en dos mitos falaces que lo sustentan y llevan a las masas a aceptarlo. Esos dos mitos, simplificando la cuestión, son “patria” y “pobres”. El segundo, “pobres”, es evidente: el Estado se legitima como hacedor de la supuesta justicia social. El primero, “patria”, es más antiguo y más nocivo, está enraizado como un tumor maligno en el hemisferio derecho del cerebro, el de las emociones, generando pasiones altas y bajas en la gente. Está relacionado con los ideales irracionales, con el mal altruismo que critica Ayn Rand, y con estilos de vida y de expresión furiosa de la identidad comparables a veces con los de los *hooligans*. Todo Estado magnifica la supuesta nación y la distorsiona para emplearla como escudo y como ariete en sus contenciosos domésticos e internacionales.

Un importante prócer del Estado-nación, concretamente del polaco, fue el mariscal Piłsudski, consumado estadista y contumaz estatista. Y expresó la cuestión de la siguiente manera: “es el Estado el que hace la nación y no la nación la que hace el Estado”. Parece una frase de Mariano Rajoy, pero es toda una revelación.

Efectivamente, tanto los Estados consolidados como los entes subestatales que aspiran a devenir Estados, “hacen” la nación, la cocinan, la crean y recrean, la inoculan a los individuos mediante su ingeniería social y cultural identitaria, intentan esculpirnos. En plena globalización, en plena modernidad cosmopolita, se permiten aún tratar de cincelar la nación que idealizan, y se gastan en eso nuestros impuestos.

Los libertarios somos escépticos ante esa pretensión. Sabemos que toda idea de nación es un concepto difuso, cultural, de contornos indefinidos, variable a gran velocidad y más en nuestra

época, territorialmente solapable... no es en cambio, no puede serlo, una asociación forzosa y superior que nos determine, no puede ser un sujeto de derechos ni de obligaciones: eso lo somos *cada* uno de nosotros, los individuos soberanos. Pero los Estados usan y abusan de la nación y de los manidos sentimentalismos que siempre la acompañan, y que ellos avivarán más todavía, porque retroalimenta la anuencia de los súbditos. La supuesta nación política es la excusa más eficaz de los estadistas para imponer el Estado.

El libro, en su tercera parte, visita cerca de treinta conflictos actuales o recientes derivados de la insatisfacción generalizada de una población con su adscripción estatal. Se recorre así todo tipo de casos, de los Balcanes al Kurdistán, del Tíbet a Somalia, de Australia Occidental a Quebec o desde las descolonizaciones del siglo XX hasta las diecisiete que quedan pendientes. Tras analizar la posición de Ludwig von Mises intento aterrizarla en este primer cuarto del siglo XXI proponiendo lo que creo que ya necesitamos con urgencia: criterios y procedimientos universales y estandarizados para tratar de una forma no traumática las readscripciones territoriales en cualquier lugar del mundo.

Hay una reflexión que preside todo el libro. Si los liberales y libertarios somos enemigos del Estado, si queremos reducirlo a su mínima expresión, si queremos quitarle poder para devolvérselo al individuo, tenemos que recordar el viejo lema latino: *divide et impera*. Los Estados grandes son de sus élites controladoras. Los pequeños, al menos en mayor medida, son de sus habitantes.

Cuánto mejores fueron la Italia y la Alemania previas a la unificación sangrienta que hicieron los prusianos y la Casa de Saboya, en comparación con los Estados unificados que, pocas décadas más tarde, desembocarían en el totalitarismo fascista y en el nacional-socialista. En ambos países se trataba de infinidad de microestados, repúblicas marítimas, pequeños principados y ciudades libres, países minúsculos conectados en laxas alianzas cuyos ejemplos anteriores se remontaban por ejemplo al de la antigua —y realmente ejemplar— Liga Hanseática, en el caso alemán. Y eran países, o micropaíses, abiertos a los flujos comerciales, integrados de la manera en que los libertarios pensamos que deben integrarse las sociedades en el marco global: mediante la economía y no mediante la política, mediante el intercambio y no mediante las alianzas supraestatales de las élites extractivas que controlan Estados.

A lo largo del libro creo haber demostrado que los Estados pequeños y los microestados son mucho mejores en todos los aspectos. Son necesariamente más respetuosos con la Libertad individual. Tienen mucha menor capacidad represiva hacia dentro y bélica hacia fuera, y se ven obligados a abrirse a la economía, a integrarse en la globalidad renunciando a cualquier veleidad autárquica.

Hoy, cuando muchas personas temen que nos encaminemos hacia un gobierno mundial orwelliano, y seguramente no les falte razón, creo que los liberales y libertarios debemos comprender que el viejo Estado-nación ya está exhausto y obsoleto. Que la revolución tecnológica, la globalización de la economía y de la cultura, y la emancipación del individuo respecto a cualquier colectivo, incluidas las dichas naciones, hacen de él una trasto roto.

El profesor de Ciencia Política José Antonio Peña Ramos, de la Universidad de Granada, ha tenido la amabilidad de escribir un capítulo preliminar y se refiere a ese futuro como “el día después del Estado-nación”. Creo que debemos reflexionar sobre cómo será ese día después. Y creo que los defensores de la Libertad individual hemos de apostar por un futuro diferente para la gobernanza política de las sociedades: una gobernanza de escala humana, materializada en cientos o miles de entes políticos escasamente capaces de coercer, bajo control real de sus habitantes, solapables además en lo posible tal como propone la panarquía, y respetuosos con los individuos y con sus agrupaciones voluntarias, que es lo que realmente nos importa.

Cuanto mayor es un Estado en extensión y población, mayor capacidad coercitiva tiene. Entre los ochenta países con menos de un millón de habitantes, o entre los ciento veinte con menos de cinco millones, encontramos a casi todas las sociedades humanas más libres del planeta.

Pasar de un mundo de macroestados a un mundo de *unidades de gobernanza política de escala humana* será la mejor manera de evitar una futura tiranía global pero también de coadyuvar a la erosión y a la futura superación de los Estados omnipotentes actuales porque, en definitiva, *a más Estados, menos Estado*. Y de eso se trata.

Espero que el libro sea del interés de todos ustedes y me encantará debatir con cualquiera que desee rebatir mis planteamientos o profundizar en cualquier cuestión.

Muchas gracias